

1837 38  
1837  
1837

# Páginas sobre España y América de Joaquín Edwards Bello

(Selección y notas de Alfonso Calderón)

Siempre vio el cronista los libros en batallones, alineados como las huestes en las proximidades del campo de batalla. En fichas, unas veces ordenadas, rigurosas, precisas, y en ocasiones escritas de prisa sobre invitaciones ya caducas a un banquete o a una conferencia o a un vino de honor, iban quedando señas y pistas destinadas a ubicar algún acontecimiento, a dejar constancia de un dato que se toma de un libro. El archivo —como dijo muchas veces— era su obra maestra, el cayado en el cual se apoyaba sin desmayos para tomar el camino elegido.

El tema de España aparece constantemente en sus sobres y carpetas y en las conversaciones que tuvimos con él, entre 1965 y 1968, y en las reflexiones de aniversario o en alguna crónica específica. No le era difícil tomar vuelo. Si se trataba de Colón, venían las inquietudes: ¿converso, corsario, judío, negrero, genovés, español? ¿Las joyas de la Reina fueron parte de un mito o de la verdad? ¿Cuánto valían? ¿Se invirtió una suma desproporcionada o ridícula en la empresa del navegante? ¿Qué comían en el barco? ¿En dónde se hallaban las referencias que tuvo Colón para errar de tal manera la ruta?

¿Hay un desprecio de corte hegeliano —se pregunta más de una vez— en la visión de la Conquista de América? Si el tema era el de los conquistadores, creía un deber fundamental aventar los mitos. ¿Tenían o no "don"? Si

eran muchos de ellos extremeños, ¿agregaban la injuria de la miseria sobre la codicia? ¿Cómo se vestían? ¿Eran acaso caballeros a la flamenca, o más bien, tras el cruce del desierto, vestían con harapos, despojos de indios muertos y pellejos de perros o pieles de ovejas?

¿De qué vivía Chile cuando recién era un reino de fantasía? ¿Cómo se sostenía económicamente este Flandes Indiano? ¿Los curas eran batalladores como aquel del *Poema del Cid*? ¿Qué ocurría con estos hombres sin mujeres? No había tema que le desinteresase, y entre los que me parecen espléndidamente tratados se halla el del mito araucanista. ¿Puede ser un poema épico el documento mayor de una historia? Así como Valdivia "inventó" las riquezas del reino, con el fin de atraer hombres dispuestos a luchar por ellas, ¿no fue, también, un mitógrafo de Chile?

Más tarde, adelantando en el tiempo, quiere probar lo que fue la mala prensa para San Bruno y los Talaveras, la suciedad del Santiago colonial, la necesidad de evitar la nostalgia del pasado ciudadano (del mismo modo en que Sebastián Salazar Bondy no le escurre el bulto a un célebre mito limeño, el de la nostalgia virreinal como evasión). Pone en la balanza las leyendas blancas y negras de ese período que va desde 1520, en el sur austral, hasta 1817. No deja asunto sin examinar, con la curiosidad de una ardilla, sin permitirse abandonar el peso de las anécdotas o el fulgor de las leyendas.

En el conjunto de crónicas —algunas de ellas inéditas— y en los fragmentos de conversaciones sobre el tema, que procede de mis notas y diarios, siempre estuvo atento a las relaciones entre España y América. A veces toca a rebato, se alarma, enmienda la plana a un historiador que torea a la verdad; y hay oportunidades en las que elogia, sin remilgos, un punto de vista novedoso, alguna heterodoxia. Leer a Joaquín Edwards Bello me parece una alegría para siempre, un modo de deleite que permite meditar en estos tiempos de halcón más que de lechuza, para emplear las palabras del padre Mariana. Veamos...